

quicumque extra hanc domum agnum comedit, profanus est. S. Hieron. epist. 57.

Facilius est solem extinguere, quam Ecclesiam obscurari. S. Chrysost. Hom. 4 de verb. Domini.

Ecclesia aut una, aut nulla. S. Aug. lib. 2 contr. Crescent.

Ego Evangelio non crediderem, nisi me catholicæ Ecclesiæ commoveret auctoritas. Idem, contr. Ep. Manich.

Duo parentes qui nos genuerunt ad mortem Adam et Eva; duo parentes qui nos genuerunt ad vitam, Christus et Ecclesia. Idem, Serm. 109 de Temp.

cerá; y el que comiere el cordero (divino) fuera de esta casa (la Iglesia), es un profano.

Es más fácil que se apague la luz del sol, que empañarse la pureza de la Iglesia.

La Iglesia, ó ha de ser una, ó ninguna.

Yo no daría crédito al Evangelio, si á ello no me moviera la autoridad de la Iglesia católica.

Hubo dos padres que nos engendraron en la muerte de la culpa, Adán y Eva; y otros dos que nos dieron la vida de la gracia, Jesucristo y la Iglesia.

IGLESIA (*Fábrica de una*); véase: CARIDAD PARA LA FÁBRICA DE UNA IGLESIA.

IGLESIA (*Dedicacion de una*); véase: DEDICACION DE UN TEMPLO.

IGNORANCIA

EN RELIGION.

Ignorantiam enim Dei quidam habent; ad reverentiam vobis loquor.

Hay hombres que no conocen á Dios; dígoles para confusion vuestra.

(I COR. XV, 34.)

Necesito, carísimos hermanos, un profundo sentimiento de mis deberes como predicador del Evangelio; necesito tambien el interés, el estímulo del bien, una muy viva y fortísima impresion de caridad, para dirigiros unas palabras, al parecer, tan duras; pero, en realidad, tan francas, tan sinceras, tan verdaderamente apostólicas. Si yo fuese tan solo un orador humano, cometería una imprudencia al hablaros de tal modo. Parece, que debiera ir con cuidado para captarme vuestro corazon, y, sin embargo, he empezado pronunciando estas palabras: *Ad reverentiam vobis loquor.* ¿No voy á comprometer el escaso bien que puedo hacer entre vosotros? Si, á ser un orador humano. Pero, como soy legítimamente predicador del Evangelio, semejantes palabras no desdican de mi carácter: es sabido, que la verdad las inspira al corazon del sacerdote; que la caridad las pone en sus labios; es sabido, que al decir á sus hermanos: *ad reverentiam vobis loquor*, sufre tambien la misma vergüenza, participa tambien de la misma confusion. Su corazon se divide entónces, entre el pesar muy acerbo y sensible de ver á Dios, á quien ama y venera, olvidado, desdénado, hasta ignorado; y el pesar no ménos acerbo de ver, que los que olvidan y desdeñan de tal modo á Dios, son hermanos suyos, los mismos á quienes por amor consagra toda su vida. Ya comprendéis, pues, que al decir y repetir aquellas palabras del Apóstol, no lo hago con amargura, sino afectuosamente; lo hago, porque es absolutamente necesario, y porque, á no hacerlo, sería un prevaricador.

La ignorancia de Dios y de las verdades divinas, es, seguramente, una de las llagas de nuestra época; y en esto convienen, cuantos han estudiado y observan la marcha religiosa del siglo y de nuestro país;

los preladados, en la administracion de sus diócesis; los curas, en la direccion de sus parroquias; los confesores, en la de las almas; los predicadores, en el ejercicio de su ministerio: todos concuerdan en decir, que la ignorancia es uno de los principales obstáculos al bien, uno de los más difíciles de vencer, y el que importa, empero, superar desde luego. Hoy me he propuesto hablaros de ella, para remediarla, en cuanto me sea dable. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La falta de instruccion, que se observa hoy dia, carísimos hermanos, no es solamente el resultado de las disposiciones actuales de los ánimos; un mal tan general y profundo, un mal tan contagioso, hasta el punto de invadir todo un pueblo, toda una sociedad, debe tener su causa primera en épocas pasadas. En ningun tiempo ha sido la guerra favorable á la educacion religiosa y moral de los pueblos: nunca han sido los campos escuelas de virtud. Las leyes de la moral fueron indignamente holladas; atropellóse todo uso, todo decoro. La corrupcion debia de engendrar la impiedad; pues, el alma corrompida aborrece la verdad, que condena; como el remordimiento, que juzga y castiga. »

A aquella licencia, siguióse la filosofia escéptica, materialista y atea. Organizóse contra el cristianismo un inmenso sistema de ataques. Grandes y pequeños pusieron manos á la obra: los unos registraron las entrañas de la tierra; los otros consultaron el curso de los astros; éstos compulsaron los anales de las naciones; aquéllos se esforzaron en seducir con los encantos de la poesia y con las galas del discurso; todos, en fin, se unieron para hacer la guerra á la verdad, para confundir á Dios; y no pudiendo conseguirlo, negaron su existencia. Algunos pocos se preservaron de tan funesta educacion, y otros esquivaron despues sus efectos, ilustrados que fueron por el estudio y por los instintos de la verdad; mas, ¿no hay aún algunos, que entán sufriendo hoy, la perniciosa influencia de aquellas primeras lecciones que recibieron de la filosofia? ¡Ah! yo les ruego, que abran al fin los ojos, y que se dejen bendecir al término de su dilatada carrera por una religion, que amarian si la conociesen, si la estudiasen, no en los lábios de sus implacables enemigos, sino en sus enseñanzas, en sus obras, y especialmente en sus beneficios.

Independientemente de los hechos ocurridos, otras causas explican también la ignorancia religiosa. Para apreciarlas, se ha de dividir á los hombres en dos clases de inteligencias: las inteligencias vulgares, ordinarias, y las inteligencias eminentes. Llamo inteligencias vulga-

res á los que, contentos con ciertos conocimientos indispensables al hombre que vive en sociedad, y necesarios para ejercer una profesion cualquiera, dejan á otros los estudios más importantes y los pensamientos más profundos; esta clase de inteligencias forma la mayoría de los hombres. Las inteligencias eminentes son aquellos hombres, que, por profesion ó por inclinacion, cultivan las ciencias, ejercen las nobles facultades humanas, ensanchan cada vez más el círculo de sus conocimientos, y constituyen lo que llamamos parte letrada de la sociedad. En ambas clases de inteligencias, se encuentran hombres ignorantes de las verdades divinas; pero la causa de su ignorancia no es igual en una y otra. Lo que la produce en las inteligencias vulgares, es la preocupacion de las cosas temporales, el cuidado casi exclusivo de los intereses materiales. ¿Por qué ignoran las verdades divinas el industrial, la mujer de mundo, el negociante, el artesano? ¿Es el odio lo que les cierra los ojos? No! ellos aman la religion, la respetan, y, aún, en su vida privada, practican algunas de sus observancias. ¿Será, porque la religion condena sus especulaciones injustas? No! pues, entre ellos, hay conciencias rectas y honradas; el bienestar que disfrutaban, lo deben á su trabajo y á su prudente economía. ¿Es acaso el amor á los deleites, lo que les aparta de Dios y de la Iglesia? Su vida está constantemente ocupada; esos hombres tienen un valor infatigable, una actividad prodigiosa. ¿No veis como trabajan de dia y de noche? Se cansan, se consumen para labrar su fortuna, para asegurar el porvenir de sus hijos. ¡Ah! hombres honrados y animosos, dominados como estais por esos pensamientos de fortuna, de porvenir, de prosperidad, sois inaccesibles á cualquier otro pensamiento; no teneis otra mesa de estudio que vuestro mostrador; habeis aprisionado en la materia toda vuestra actividad de corazon y de inteligencia.

Para otras cabezas más ligeras, ménos cuidadosas del porvenir, el amor á los placeres es el obstáculo que las impide comprender la religion en su totalidad, en su conjunto, en su armonía. No hablo aquí, hermanos míos, del repugnante sensualismo que degrada al hombre, perturbando sus órganos y facultades; el hombre animal no puede concebir ni distinguir las cosas espirituales. Me refiero á otra clase de personas, á los hombres ligeros, frívolos, enemigos de toda ocupacion seria, ávidos de placeres, de espectáculos, de fiestas brillantes; á los de naturaleza sumamente delicada, afeminada, enervada por los placeres; á los hombres y á las mujeres de mundo, que nunca viven en la esfera de lo verdadero, real y positivo, y cuya existencia está llena de sueños y de sentimientos facticios. Ahora bien: esos

hombres, que no son ciertamente quiméricos, y que encontramos á cada paso en la vida, en el mundo; esos hombres afeminados, vanos, corrompidos ó ligeros, ordinariamente, no conocen la religion. Y eso será porque, aunque la religion no exige, para que la conozcan, un gran trabajo intelectual, necesitase, empero, cierta aplicacion mental, y eso es demasiado para los hombres de que acabo de hablar. La ignorancia universal es ya una triste presuncion contra las inteligencias eminentes; pues, la inteligencia de los pueblos se modela, en cierto modo, sobre la del hombre de talento. Hoy, más que en ninguna época, el talento gobierna al mundo. Hoy, pensar es obrar; hablar ó escribir, es gobernar. ¡ Dichosos los pueblos, dichosas las naciones, cuando los que difunden el pensamiento, están poseidos de las verdades divinas! ¡ Desdichados los pueblos, cuando los reyes de la inteligencia han perdido la llave de la ciencia divina! Entonces son ciegos, que conducen á otros ciegos, y el pueblo cae, con esos guias imprudentes, en el abismo de la duda y del error. En otro tiempo, hermanos míos, el pensamiento moraba en el silencio del claustro y á la sombra del santuario; las ciencias divina y humana florecian sobre el mismo tronco, y se desplegaban en los labios del clérigo. Los tiempos han cambiado. El sacerdocio, al cual confiara Dios el estandarte de la fé, ya no es el depositario exclusivo de la ciencia humana. Pero, la verdadera ciencia, la que educa y mejora á los pueblos, se acuerda de su origen religioso, se complace en restaurar sus fuerzas en las fuentes que alimentaron su juventud, que llenaron su inteligencia y su corazon con las vivas luces, y con el dulce fervor de la fé. Sí, hermanos míos, hay tambien, gracias á Dios, hombres de talento, que son religiosos: la religion les bendice, y los pueblos escuchan con respeto sus sábias y hermosas enseñanzas. Y nosotros, ministros del Señor, les amamos, les veneramos como á hermanos de nuestro sacerdocio, como á auxiliares de nuestro apostolado. Mas ¡ ay! no todos son iguales; la ciencia y la fé rompieron su alianza en el último siglo, y esa alianza no se ha renovado. La ciencia se mantiene separada, y de tal modo, que ya no conoce á su antigua hermana. De aquí nace, hermanos míos, la inconcebible ignorancia de algunos sábios de nuestra época, con respecto á las principales verdades de la fé.

En fin, hermanos míos, la ciencia es tambien, algunas veces, una fuente de errores, no porque haya oposicion entre la fé y la verdadera ciencia, sino porque el hombre se halla á veces embarazado con lo que sabe. Además, cuando uno piensa valer algo, le es tan fácil, tan natural desvanecerse con la vana estimacion de sí mismo! Y está escrito, que Dios resiste á los soberbios (JACOB, IV, 6: I PETR. V, 5). Ta-

les son, hermanos míos, las causas que pueden explicar la ignorancia religiosa que caracteriza nuestra época. Al juzgarnos así, al descender al fondo de nuestras conciencias, para reconocer el principio que en nosotros lucha con la verdad religiosa, hemos dado ya un gran paso hácia esta verdad. Un enfermo está en via de curacion, cuando conoce de fijo el principio de su mal. Por consiguiente, hermanos míos, acabemos de sacudir esta vergonzosa ignorancia: juzguémonos con severidad, condenémonos, y nos acercaremos á Jesucristo.

2. La ignorancia, sea cual fuere, rebaja al hombre, es la privacion de la verdad, una debilidad del entendimiento, un algo, que hace falta. Cuando uno reflexiona, cuando se remonta al origen de las cosas, ve, que no es ese el estado natural y glorioso del hombre; reconoce la consecuencia de su falta, como una marca infamatoria impresa en la frente de la humana inteligencia. Todos, carísimos hermanos, todos debiéramos avergonzarnos de nuestra ignorancia; todos debiéramos esforzarnos para ocultar este mal, para encubrirnoslo á nosotros mismos, para curarlo todo lo posible; y puesto que Dios nos ha dejado un resto de nuestra actividad, un resto de nuestra energía primitiva, deberíamos emplearla en curar nuestra ignorancia, en ilustrarnos: dando principio por los conocimientos más necesarios, más indispensables, y adelantando siempre, aprendiendo siempre, hasta la última claridad de nuestra razon, hasta la extincion de nuestras fuerzas, hasta el postrer soplo de nuestra vida. Parece, amados hermanos míos, que si los hombres trabajaran con ese ardor, para reconquistar el patrimonio de verdad, que han perdido, ofrecerian un espectáculo comparable en hermosura, con el pristino estado en que toda verdad se insinuaba fácilmente... Mas ¡ ay! no es así; nosotros hemos aceptado esta bajeza hereditaria, y en vez de levantarnos de ella, cuando podemos, cuando Dios lo exige, la hemos aumentado; y eso es tan cierto, que hoy, la ignorancia religiosa es un desórden grave y un minero irreparable de males.

Apreciemos rápidamente este doble carácter. Digo, en primer lugar, que la ignorancia es un desórden, un desórden muy grave. En efecto: Dios crió al hombre; y como todo lo que el hombre es, lo hizo para su propia gloria, tiene derecho á que cada cual le rinda homenaje de todo su sér; y Dios está muy celoso de este derecho, al que no puede permanecer indiferente. ¿ Y qué homenaje, decidme, recibe de un sér, que no sabe siquiera los elementos de las verdades religiosas? Los pensamientos del hombre son terrestres; sus concepciones, mortales; todo lo que constituye el fondo de nuestra inteligencia, se limita al

tiempo presente; Dios no está en todas esas cosas. Por consiguiente, esas inteligencias son culpables. Creadas para Dios y por Dios, se aislan de él, no tienen con él ninguna razón de dependencia, de amor y respeto.

Además, hermanos míos, una de las primeras obligaciones para todo hombre, ¿no es estudiar las reglas y los principios de su profesión? El artesano se ejercita en su oficio, el abogado y el médico consagran largos años, y los más hermosos de su vida, á profundizar los principios de la jurisprudencia y del arte de curar; el negociante estudia las reglas del comercio... Pero, entre tantas profesiones, hay una, que á todos nos es común: todos somos cristianos, todos católicos; y lo somos, no solo por el hecho de nuestro nacimiento, sino por amor y por elección. Y eso es tan cierto, que, aunque vivieseis fuera de la idea religiosa, rechazaríais con indignación á quien quiera que viniese á proponeros una baja apostasía. Ahora bien, hermanos míos: esta profesión, que amais, tiene sus reglas y principios, los cuales no reclaman más estudio que las reglas y principios de otra cualquier profesión. Nosotros somos cristianos, ántes que magistrados, que soldados, negociantes, artesanos. El estudio del cristianismo tiene, pues, un derecho de prioridad incuestionable sobre todos nuestros demás estudios; nosotros le debemos nuestros más constantes esfuerzos. Invertir este orden, es caer en una grave prevaricación.

Pero, la ignorancia religiosa, no es solo un desorden gravísimo, sino un manantial inagotable de males, ya para la sociedad, ya en particular para los que de ella adolecen. ¿Para la sociedad? Sí; hay, hermanos míos, una justicia divina para los pueblos como para los individuos. Las naciones han de cumplir sus destinos; y cuando infringen las leyes providenciales, que debían regirlas, entónces descarga Dios terribles golpes: acontecen las más horribles catástrofes, y unos sacudimientos tan fuertes, que espantan aún después de muchos siglos, al leerse su historia. Cuando se quiere reflexionar sobre lo que provocó la ira de Dios, se ve, hermanos míos, que las ideas religiosas habían menguado, que la ignorancia era profunda; y que de este manantial venenoso habían brotado mil desórdenes, mil excesos, que pusieron el colmo á la cólera del Señor. Voy á deciros algunas palabras para hacer os comprender el perjuicio, que esta ignorancia os ha causado á vosotros personalmente. Hay puntos fundamentales en materia de religión, hermanos míos, cuya ignorancia acarrea fatalmente la perdición espiritual de vuestras almas. ¿Cuántas veces, en el seno del tribunal de la penitencia, tenemos encadenadas las manos! Quisiéramos absolver al pobre pe-

gador, que ha hecho una sincera confesión, que no ha delinquido, y es generoso en sus resoluciones; pero, que ignora esos puntos esenciales y fundamentales, y, por lo tanto, nos vemos obligados á dilaciones llenas de peligros. Y cuando la muerte se acerca, cuando ya ha puesto su helada mano sobre la inteligencia del cristiano, ¡qué desolación la nuestra! ¿Qué confianza podemos tener en una absolución, que la necesidad nos arranca?... «Porque habeis rechazado la ciencia, yo os rechazaré: porque habeis ignorado esas cosas, seréis también ignorados.»

Para completar este discurso, debo ahora indicaros remedios, que curen esta ignorancia. Seré breve. Primeramente, oid con frecuencia la palabra de Dios. Luego, para realizar este buen proyecto, leed y medita un compendio de *Doctrina cristiana*. ¡Así corra este modesto libro de mano en mano en todas las familias, y esté abierto ante los padres, los sabios y los ignorantes! A todos sería provechosa su lectura. Para las inteligencias más elevadas, hay excelentes libros de sobra donde beber la moral, la doctrina más pura, la santa doctrina del Evangelio. En ellos aprendereis los preceptos, los principios de eterna justicia, de eterna razón, que el cristianismo ha proclamado y hecho prevalecer en el mundo. Para conocer la religión de vuestros padres, hermanos míos, debeis amar y dedicaros á la oración; debeis acudir á Jesucristo, pues Jesucristo es la vía por la cual debeis ir, y la verdad por la cual debeis caminar: *Ego sum via et veritas*. Jesucristo es también la vida: *Ego sum vita*; pues vive aquel, que posee la verdad y ama con todas las fuerzas de su alma. Esta es la gracia que os deseo. ¡Así sea!

IGNORANCIA

DE NUESTROS DEBERES.

*Tu, quis es?... Quid dicis de te ipso?
¿Quién eres tú?... ¿Qué dices de tí mismo?*

(JOAN. 1, 22.)

Hermanos, con el carácter de enviado de Jesucristo, y en virtud del ministerio de su palabra, voy á preguntaros lo que se preguntó á san Juan: ¿quién eres tú? ¿Qué dices de tí mismo? No para inspiraros orgullo y daros motivo de hacer vuestro propio elogio; pues ¿quién hay que no se fije en sus más bellas prendas, cuando se trata de darse á conocer? ¿Quién no habla de sí en sentido favorable? ¿Quién hay que, no hallándose cual él quisiera, despues de examinarse á sí mismo, no busque, ó el adularse ó el retratarse por otro? ¿Quién hay, en fin, que no tenga una idea de sí, trazada por un original, muchas veces imaginario, en donde halle el medio de ocultar sus defectos y realzar sus virtudes? Pretendo solamente fijaros en vosotros mismos por el conocimiento de lo que sois, y grabar en vuestras almas profundos sentimientos de una humildad racional y cristiana, sacando de vosotros una confesion interior de vuestros defectos, de vuestras debilidades y de vuestra nulidad.

Las debilidades que se experimentan, las obligaciones que se infringen, las faltas que se cometen, son motivos de humillacion, que cada uno puede encontrar en sí, y que cada uno se encubre y se disimula. Nada se experimenta con tanta fuerza como las miserias y las enfermedades del cuerpo y del espíritu en el orden de la naturaleza; pero, la debilidad del hombre le hace desviar los ojos de todo lo que puede desagradarle; como no encuentra con qué satisfacerla dentro de sí, busca con qué divertirse exteriormente; y en vez de pensar en su curacion, por el conocimiento de sus males y de los remedios que debe aplicar, solo cuida de consolarse, esforzándose á ignorarlos. Nada importa tanto al cristiano en su religion, como instruirse en sus

obligaciones, conocerse y juzgarse á sí propio sobre las de su estado: no obstante, por punto general, no se quiere saber sino lo que se determina hacer; perdónanse ciertos defectos; y, en cuanto á lo demás, se fia en la fé de una pretendida inocencia, y se cree uno hombre de bien, porque no se fija en el mal que hace.

Para ayudar á conoceros, y para hacer inexcusable la ignorancia en nosotros mismos, nos ha dado Dios tres principios de conocimiento respecto de nosotros: *La Razon, la Ley, y la Conciencia*. *La Razon* representa al hombre tal como es en sí; *la Ley*, al cristiano tal como debe ser; y *la Conciencia*, tal como ha llegado á ser por su pecado. La razon le dice: *Esto es lo que eres*. La ley: *Esto es lo que debes hacer*. La conciencia: *Hé aquí lo que has hecho*. Son tres espejos, en donde se puede uno mirar á todas horas; y cuando os hubiereis reconocido, podré decir sin temor á cada uno de vosotros: ¿Quién eres tú, y qué dices de tí mismo? Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El más notable precepto, tanto de la filosofia pagana, como cristiana, es el que manda conocerse á sí mismo. Los sábios del mundo habian reducido á este solo punto toda su moral; creyeron, que el primer uso que debíamos hacer de la razon, era el conocimiento propio; que el estudio más noble y más propio del hombre era el hombre mismo; que cualquiera otra ciencia era una mera curiosidad: pero, que la del corazon, era una ocupacion virtuosa; que la ignorancia más vergonzosa era la de sí propio; y que por poca disposicion que hubiese para la sabiduría, era necesario comenzar por sí. Todos han reconocido la importancia de esta máxima: *Conócete á tí mismo*; grabáronla unánimemente en los pórticos de los templos, y la enseñaron en sus escuelas; y por divididos que estuviesen en sus opiniones, todos estuvieron de acuerdo en este punto. Los Padres de la Iglesia no han recomendado ménos esta obligacion á todos los cristianos; han hablado de ella como de una disposicion á la perfeccion, y como de un compendio de la vida espiritual; y bien merecen atenderse las razones que alegan. Como la humildad es el fundamento de todas las virtudes cristianas, el conocimiento propio es el fundamento de la humildad. ¿Cómo ha de ser humilde quien no se conoce? La humildad cristiana no es una bajeza de alma, ni una virtud ciega; ántes bien debe ser ilustrada y luminosa, fundada en el conocimiento que se tiene de sí mismo, del cual depende, y del que recibe todo su valor y todo su mérito. Lo segundo, porque este exámen de nosotros mismos nos lleva insensiblemente al conocimiento de Dios, que no podríamos

verle, sin alabarle y sin amarle. Los bienaventurados le conocen de un modo directo, y sin pararse en sí mismos; pero, en esta vida mortal, es necesario elevarse, de la nada de la criatura, á la grandeza del Criador; es necesario buscar á Dios en sí, y buscarse á sí propio en Dios; referirse á él, ora como un sér vil y dependiente á un Sér infinito y soberano; ora como la obra á su Hacedor, ó la copia á su original; y, de este modo, llegar á su conocimiento por la desproporcion ó por la semejanza. Lo tercero, porque este estudio de sí mismo, sirve como de motivo general para todos los ejercicios de la piedad cristiana: la vista de nuestras miserias nos hace acudir á la misericordia; la de nuestras necesidades motiva los buenos deseos y la oracion; la de nuestros peligros nos infunde un temor saludable; la de nuestros pecados nos inspira la penitencia; la de nuestras debilidades nos inclina á la vigilancia y á la precaucion; la de nuestras virtudes produce el reconocimiento y la accion de gracias. Y así, el conocimiento propio es un principio y un medio de satisfacer á todos los deberes de la religion. Pues ¿hay cosa tan justa y tan razonable, como el ocuparse en semejante tarea?

Sea por negligencia ó por orgullo, ello es, que nadie tiene el valor de observarse. Seria preciso perder un poco de la buena opinion que se tiene de sí, si se llegase uno á conocer. Y por esto preferimos, juzgarnos por la buena fé del amor propio, que dejar á la razon el trabajo de examinarse. Más caso se hace de representarse uno como quiere ser, que indagar cuidadosamente como es en la realidad; el conocimiento propio le cuesta demasiado á un espíritu preocupado de su mérito; en todo caso, júzgase uno ventajosamente hácia sí, y no gusta de saber la dificultad de desengañarse; lo más extraño es, que estas gentes, que hallan tanta dificultad en pensar en su propio corazon, pasan su vida en examinar á los demás; descuidan lo que les toca, y se molestan por lo que no tienen interés de saber, ni derecho de comprender, ni facultades para corregir; insisten, digámoslo así, en su ceguedad voluntaria, y se sirven de todas las luces del espíritu y de todo el arte de las conjeturas para descubrir los defectos ajenos, á fin de ejercer, á merced de sus pasiones, una desapiadada censura. Estos hombres, que examinan todo lo que pasa en la conciencia ajena, y que nada ven en la suya propia, disculpan fácilmente sus acciones, y son severos censores de las de sus hermanos; espías constantes de la casa ajena, ciegos vecinos de la suya. ¿Cómo os excusareis vosotros, y qué responderéis á Dios, cuando entrará en juicio con vosotros? ¿Vedais una paja en el ojo de vuestros hermanos; pues ¿por qué no vedais la viga en los vuestros?

Para tres objetos se nos ha dado la razon. Primero, para conocer y buscar la verdad; este es el ojo del alma, ó la vista del espíritu, que ve por sí misma lo verdadero y real, y se sirve del discurso para distinguir lo falso y aparente, siendo necesaria la razon para contemplar la verdad, y el discurso para buscarla. Segundo, esta razon se debe emplear en conocer las verdades de las costumbres, porque, siendo destinada esta luz interior para conducir al hombre á su fin y á su felicidad, debe manifestarle los principios de la disciplina y los caminos que debe seguir para llegar á ella. Tercero, la principal tarea del espíritu debe ser, el descubrir á cada uno las verdades que le son propias; pues, así como el sol ilumina los puntos más próximos, ántes de esparcir su luz sobre los más apartados, así nosotros, debemos reunir en nuestra razon todo el conocimiento que tenemos, para considerarnos á nosotros mismos. Pues bien, ¿se consulta acaso esta razon? Y al decir esto, me refiero á una razon ilustrada por la fé y fundada en la conciencia; la mayor parte de los hombres se juzgan, no por lo que són, sino por lo que aman, por lo que aprecian, y por lo que poseen: *Tu quis es?* Se conoce por sus riquezas, por su poder, por sus títulos; no por su naturaleza, ó por sus inclinaciones, por sus hábitos y por su reputacion. Considérase como gran señor, no como hombre mortal, ni como pecador. ¿Por qué os engreis tanto, siendo ceniza y polvo? ¿De qué podeis envaneceros, sino de una nobleza, que vuestros padres han adquirido por su ambicion y por su orgullo, y que vuestros hijos, tal vez, perderán con sus bajezas; de una fama, que se adquiere muchas veces sin mérito alguno, y que se pierde tambien sin su falta; de unas alabanzas, que prodiga la mentira á la vanidad, y que la vanidad paga á la mentira; de un espíritu, que se gasta en la inaccion, y que se agrava con el trabajo? Ved aquí en qué fundais la opinion que teneis de vosotros mismos. Pero aún cuando tuvieseis todos estos bienes juntos, y que todos fuesen estables, ¿es razon buscar fuera de vosotros la idea y el conocimiento de vosotros mismos? ¿No tengo pues derecho para preguntaros: *Tu quis es?*

Algunos se juzgan, no por los sentimientos de su conciencia, sino por las complacencias con que los tratan; conócense por lo que les dicen, mas que por las verdades que pudieran decirse á sí; nadie nos ayuda para hacernos conocer lo que somos, ni hay celo, ni caridad para salvar al prójimo. En las conversaciones, se divierten con futilidades, y cada uno conspira á ocultar sus defectos, por contribuir á mantener ó á ostentar la vanidad. No hay hombre, por miserable que sea, que no halle su adulador, si puede ser útil á alguno. El mundo está cubierto de nubes, que la adulacion ha formado, y con